

¡OTRO TIEMPO!

HUBO otros siglos felices,
En que el valiente guerrero
Arrostraba los peligros,
Por gozar de amor los fueros.

En que osado y animoso,
Vestido todo de hierro,
Se arrojaba á los combates
De polvo y sangre cubierto:

Ufano con que su dama,
Mostrando el rostro risueño,
De verde laurel y rosas
Engalanase su yelmo;

Y que tras duras batallas,
Y sanguinosos encuentros,
Hallase prez y ventura
En los brazos de su dueño.

Era el tiempo de la gloria
Y de los heróicos hechos:
Los clarines de la fama
Do quier esparcian sus ecos.

¡Qué era ver entre brocados
Brillar también los aceros,
Y lucir sedas y lanzas
En las justas y torneos!

¡Qué era escuchar los heraldos,
Cuando con robusto aliento
Esclamaban: *A las armas:
Al combate, caballeros!*

Entre canciones y aplausos
Era del inmenso pueblo
El paladin victorioso
Señalado con el dedo.

En las fiestas, cortesano,
En los combates, sereno,
Entre su dama y su patria
Dividia el pensamiento.

Si entónces, gallarda jòven,
Vivieras tú, ten por cierto,
Que de tí dependería
La suerte de los imperios.

Arbitra de la fortuna,
Produjeras con tu acento
En los nobles corazones
Inspiraciones de fuego.

La juventud ardorosa,
De honor en el campo inmenso
Elevaría á tu nombre
Mil inmortales trofeos.

En las celebradas justas,
Bajo los doseles regios,
Reina, tú, de la hermosura
Distribuyeras los premios.

Hubieran, llenos de gozo,
Ante tus plantas depuesto
Los lidiadores sus armas
Y los monarcas sus cetros.

El trovador encontrara
En tí divino sugeto
De honor, valor y hermosura,
Que celebrar en sus metros.

Fueras gala de las cortes,
Fueras de tu patria arreo,
Y en las discordias civiles
Tregua de Dios para el suelo.

Los adalides cristianos,
Unidos en lazo estrecho,
Con sus vencedoras armas
Pusieran al Asia miedo.

La fama de tu hermosura
Traspasara el mar estenso,
Y volando en los combates
Resonara en el desierto.

La Palestina, que gime
En profundo cautiverio,
No sufriera el yugo indigno
Del hijo de Agár soberbio:

Que animado de tus luces
Hubiera roto y deshecho,
El valeroso cruzado
Los escuadrones protervos.

En los muros de Solima,
Cercados de luto y duelo,
De la cruz los estandartes
Hoy tremolaran al viento.

El humilde peregrino
Hallára franco sendero,
Para cumplir con sus votos
Allá en el sagrado templo.

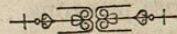
El sacerdote ante el ara,
Quemando fragante incienso,
A lo alto dirigiria
Por tí fervoroso ruego.

Regocijado el anciano
Bajo su rústico techo,
Enseñaria tu nombre
Al festivo netezuelo.

Fuera tu gloria sublime
De tu siglo ornato bello,
Clara como el éter puro,
Grande como el firmamento.

Dichoso aquel que lograse,
Siendo tú su único objeto,
Consagrarte sus hazañas,
Y eternizarte en sus versos,

Y mas feliz quien hallase
En pago de sus afectos,
Blanda cadena en tus brazos,
Y oculta llama en tu seno.



EL PASEO DE MAR.

(Imitación del Italiano.)

HORA que cayó la tarde
 Y respira el aura fría,
 Gocemos, querida mía,
 De la frescura del mar:
 La barquilla se desliza,
 La noche tiende su velo,
 Y las estrellas del cielo
 Nos salen á contemplar.

Das serenidad al éter
 Con tu presencia divina,
 Tu sonrisa peregrina
 Escita plácido ardor;
 Y de tus hermosos ojos
 La luz apacible y bella,
 Dirige como una estrella
 Al navegante de amor.

¡Ves las flámulas vistosas
 Volar con volubles giros!
 Entre ellos van los suspiros
 Que parten del corazón.
 ¿No escuchas ese murmullo
 De las olas con la arena?
 ¿Los suspiros de mi pena?
 ¿Las quejas de mi temor?

Corre en tanto la barquilla
 Sobre las ondas ligera:
 Y la brisa placentera
 Favorece mi pasión.
 ¡Qué dulce es, amada mía,
 Sobre las aguas amar!
 ¡No en valde nació del mar
 La misma diosa de amor!

EL CICLOPE.

IDILIO DE TEOCRITO.

POETA.

El amor no conoce medicina
De yerbas y de bálsamos preciosos,
Sino es el de los versos armoniosos,
Arte que de los hombres se origina.

Pero este es muy difícil, tú lo sabes,
Aunque las Musas te aman tiernamente:
Acuérdate de aquel que antiguamente
Aquí lloraba sus cuidados graves.

Polifemo el Ciclópe aquí gemia,
Porque á la ninfa Galatea adoraba,
Cuando la cana edad se le acercaba
Y el cabello de blanco le teñía.

Amaba, no los apios ni las rosas,
Ni las manzanas de su huerto ameno:
Su triste corazón de angustia lleno
Presa fué de las furias horrosas.

De los floridos pastos las ovejas
Tornaban sin sus silbos al cercado,
Mientras él en la playa abandonado
Enviaba á la muchacha tiernas quejas.

Desde la negra noche hasta la aurora
Quedaba en llanto y en dolor deshecho,
Que Venus desdeñosa el duro pecho
Le traspasó con flecha voladora.

Mirando hácia la mar, lleno de tedio,
Oprimido de amor que le aquejaba,
Sentado en una peña, discantaba
Versos en que buscaba su remedio.

POLIFEMO.

De tu amador te olvidas, Galatea,
Mas blanca que la leche y mas galana
Que novilla que el soto enseñoorea:

Mas blanda que cordera, mas liviana
Que la garza veloz, y muy mas cruda
Que el verde agraz entre la vid lozana.

Cuando el sueño mis párpados saluda
Vienes á donde estoy, y vaste huyendo
Luego que mis sentidos desañuda.

Como del cano lobo huye temiendo
La tímida cordera, así me esquivas,
Y en tus amores déjame muriendo.

Desque á coger las flores primitivas
Veniste con tu madre á estas montañas,
Guiando yo tus huellas fugitivas:

El fuego del amor ¡ay! las entrañas
Me consume por verte, y tú, doncella,
Sin curarte de mí siempre me engañas.

Bien sé que te disgusta, ninfa bella,
Mi rostro y esta ceja prolongada
Que el ojo de mi frente encubre en ella:

Mas sabe que de leche y de cuajada,
En verano y otoño abastecida,
Y en el invierno tengo mi majada.

Que con ovejas mil enriquecida
Tengo aquesta montaña, y que ninguno
En el canto igualó mi voz subida.

Mis amores te canto uno por uno
Al alba y á la noche, ídolo mio,
A tiempo que es tal vez inoportuno.

Atiendè á los presentes que te envío:
Son once cervatillos, todos pares,
Y cuatro lobatillos que hora crio.

Tú los recibirás con sus collares,
Pero deja la playa, combatida
De las verdosas ondas de los mares.

Ven y verás mi cueva guarnecida
De una frondosa yedra, do escondidos
Pasarémos la noche entretenida.

Los pinos y los álamos erguidos
Alzan allí sus copas, los parrales
Ostentan sus racimos suspendidos;

Y las heladas aguas manantiales
Con que el Etna me brinda por bebida
Resuenan en los limpios peñascales.

¿Preferirás la mar embravecida?
Si acaso te disgusto por velloso,
La lumbre de mi hogar está encendida:

Atízala, y mi cuerpo vigoroso
Abrasa, y hasta el ojo de mi frente,
Mas dulce que mi vida y mas hermoso.

¡Oh! si yo fuera pez, á la corriente
Lanzárame, y besara allí tu mano,
Ya que tu linda boca no consiente.

Llévate azucenas de verano,
Y variando los tiempos te daría
Adormideras del invierno cano.

Si un navegante aquí llegare un día,
Me enseñará á nadar, y entre las ondas
Gozaré tu beldad, querida mia.

Sal fuera, Galatea, no te escondas,
Y siguiendo mi ejemplo determina
Olvidar de la mar las grutas hondas.

Las cabras y cabritos encamina
Conmigo á la majada, allí la ordeña
Verás, y cómo el queso se refina.

Mi madre, que en mi bien tanto se empeña,
Me quiso consolar, y mal me dijo
De la ninfa que ingrata me desdeña.

Viéndome flaco y con afán prolijo
(Por mas que yo fingiera en la cabeza
Para disimular, un dolor fijo)

Me habló, aunque con amor, con aspereza:
“¿Polifemo infelice! ¿qué delirio
Te ocupa de continuo, qué tristeza?

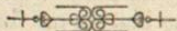
“Si cuidaras la rosa, el blanco lirio,
Tejieras canastillos, ó el ganado
Llevaras, no tendrías ese martirio.

“Ordeña tus ovejas: ¿qué cuidado
Te causa Galatea, cuando otras bellas
Se entregarán á tí llenas de agrado?”—

Y cierto, que de noche las doncellas
Se mueren por jugar todas conmigo;
Y como soy tenido en precio de ellas,
Rien con las palabras que las digo.

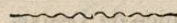
POETA.

Polifemo su mal endurecido
Con esta medicina mitigaba,
Y el remedio en los versos alcanzaba,
Mas que con precio de oro muy subido.



ODA I

DEL LIBRO I DE HORACIO.

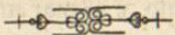


¡MECENAS, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mio!
Unos, cubiertos del polvo Olímpico,
La linde intacta con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles
Se alzan, cual dioses del mundo dueños:
Otros, merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable:
Quien, en sus troges encierra pródigo
Cuanto en sus eras la Libia acopia:
Los patrios campos contento labra,
Sin que aun el oro de Atalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave:
Quien, contrastado del viento de Africa,
Cuando relucha con el mar de Icaro,
Del campo y corte la holgura ensalza;
Después empero su nave alista,
Que la pobreza no sufre, indócil:
Este, entre copas de añejo vino
Pasa del tiempo la mejor parte,
Bien recostado bajo el bello árbol,
Bien á la orilla del claro arroyo:
Aquel, las armas y el clarín áspero
Busca y la trompa, y la guerra triste,
Que odian las madres: los cazadores
Al cielo abierto, la esposa olvidan,

Hora sus perros den tras el ciervo,
 Hora la fiera sus redes rompa.

Mas yo, de yedra, premio del sabio,
 Ciña mi frente cual númen, lejos
 Del vulgo, en bosques donde los sàtiros
 Y ninfas moran; con tal que Euterpe
 Me dé sus flautas, y de Polimnia
 Logre la lira dulce de Lesbos.

Si tú, Mecenas, me aclamas lírico,
 Alzaré al cielo mi frente ecelsa.



ODA IV
 DEL LIBRO IV.^o DEL MISMO.

~~~~~  
 A SESTIO.

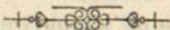
CESA al impulso de Favonio tierno  
 Rígado el invierno,  
 Ni el campo cubre cándida la nieve:  
 No ya el ganado en el redil se goza:  
 El pastor su choza  
 Deja, y la nave al piélago se atreve.

La hermosa Venus, viendo que oportuna  
 Alzase la luna,  
 Une sus Ninfas á las Gracias que ama:  
 Guia sus coros al compas del canto;  
 Y Vulcano en tanto  
 De sus ciclopes la oficina inflama.

Hora conviene coronar la frente  
 De laurel reciente,  
 O nuevas flores, con festivo rito:  
 Hora inmolar á Fauno bondadoso  
 En el bosque umbroso,  
 Balante oveja ó retozon cabrito.

La regia torre del alcázar fuerte  
 Pálida la muerte  
 Con igual planta, que la choza pisa.  
 ¡O Sestio amigo! nuestra vida escasa  
 La esperanza tasa,  
 La eterna noche se nos viene aprisa;

Y nos aguarda la infeliz morada  
 De la tumba helada:  
 La que una vez que tu vivir limite,  
 No gozarás de los halagos, ciego,  
 De amoroso fuego,  
 Ni rey serás en juvenil convite.



## ODA V DEL LIBRO I.

A PYRRA.

Sobre tu cama de flores,  
 ¡Qué delicado mancebo,  
 Vertiendo aromas,  
 Te estrecha al seno?

¡Para él, hermosa, te guardas  
 En retirado aposento,  
 Con simple adorno,  
 Preso el cabello?

¡Ah, cuántas veces turbado  
 Verá de repente el cielo,  
 Los vientos ásperos,  
 Airado el piélago!

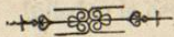
Hora pura como el oro,  
 Y de bastardos afectos  
 Ecsenta y libre,  
 Te juzga crédulo.

Intacta á sus ojos brillas,  
 ¡Triste! que ignora indiscreto,  
 Que eres voluble  
 Mas que los vientos.



De mí la tabla votiva  
Que en el santuario presento,  
Y al Dios marino  
Rendido ofrezco:

Atestigua como salvo  
Ya del naufragio postrero,  
Mis ropas húmedas  
Del templo cuelgo.



## ODA XIV DEL LIBRO II.

### A PÓSTHUMO.

¡Ay! ¡cuán fugaces, Pósthumo, mi Pósthumo,  
Los años huyen! Ni detiene el ruego  
A la urgente vejez, y las arrugas,  
Y á la indomable muerte.

No, aunque consagras cada día devoto  
Tres hecatombes en su altar á Pluto,  
Sordo á los lloros, que á Gerion triforme  
Ciñe, y circunda á Ticio

Con tristes ondas; en las cuales todos  
Cuantos vivimos de la madre tierra,  
Seamos reyes, ó colonos míseros,  
De navegar habemos.

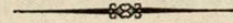
En vano huirémos de la guerra cruda,  
Del ronco mar las quebrantadas ondas;  
En vano nuestros cuerpos en otoño  
Hurtarémos al Austro.

Hemos de ver del lánguido Cocito  
Las tardas ondas, y la stirpe infame  
De Danao, y á Sisifo que sufre  
Fatiga que no acaba.

La tierra y casa y la agradable esposa  
 Dejarás. De los árboles que siembras  
 El cipres solo seguirá sombrío  
 ¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, mas digno, de su copa  
 Verterá sobre el suelo el vino raro,  
 Que guardas con candados, y que envidian  
 Las pontificias cenas.

## PARTE SEGUNDA.



## POESIAS MORALES.

